

Intelectuales, políticos y diplomáticos brasileños: desarrollo e integración latinoamericana (1945-1964)

Claudia Wasserman*

Recibido: 14/02/2010

Aceptado: 20/03/2010

RESUMEN

El objetivo de este artículo es discutir la perspectiva de Brasil acerca del desarrollo y la integración, a partir de la actuación de los intelectuales, los políticos y los creadores o técnicos de la política exterior brasileña, durante el período entre 1945 y 1964, para descubrir los matices de los significados y contenidos asumidos por esos temas en el contexto general del llamado período populista, pero también para revelar las diversas ideologías acerca del desarrollo y de la integración. Aunque los tres aspectos (intelectuales, políticos y técnicos) se mezclan unos con los otros, los ambientes en los cuales actuaban eran distintos y, por lo tanto, al enunciar sus propuestas, daban más o menos autoridad a los diferentes actores del proceso. También serán diversos los efectos de sus prédicas en la lucha política y en la definición del contexto internacional.

Palabras claves: Brasil, integración brasileña, integración y desarrollo.

Brazilian's intellectuals, politicians and diplomats: development thinking and latinamerican' integration (1945-1964)

ABSTRACT

Development and integration were issues presents in the worries of intellectuals, politicians and diplomats. In the period between 1945 and 1964, those themes

* Profesor Asociado en la Universidad Federal do Rio Grande do Sul en el Programa de PostGrado en Relaciones Internacionales. E-mail: claudia.wasserman@ufrgs.br

were particularly important. The aim of the article is bring to public some of these proposals, enabling to find the nuances of the meanings and contents embedded by those subjects in the populist period, but also revealing the ideologies about development and integration in the different governments, intellectuals groups and diplomatic personal

Key-Words: development, integration, Brazilian foreign policy, intellectuals.

1. Introducción

A lo largo de toda la historia contemporánea brasileña, el tema del desarrollo fue pensado con la finalidad de reducir el atraso, las desigualdades, la dependencia. La integración regional también fue un tema importante en los discursos, siempre asociada a la cuestión del desarrollo y como una de las condiciones para igualar a los países del llamado Primer Mundo.

Este artículo busca discutir el pensamiento brasileño acerca del desarrollo y de la integración, a partir del discurso de intelectuales, políticos y creadores o técnicos de la política exterior brasileña, durante el período entre 1945 y 1964, con la finalidad de conocer los significados y contenidos asumidos por esos temas.

El desarrollo y la integración adoptaron, a lo largo de la historia, significados y contenidos diversos, algunas veces cambiantes y, otras veces, acumulativos. El periodo desde fines de la Segunda Guerra Mundial hasta el Golpe civil-militar de 1964 representó el ápice del nacionalismo brasileño, cuando las ideas relacionadas con el desarrollo y la integración se creían no solamente posibles, sino también urgentes.

La urgencia estaba relacionada con la inestabilidad del contexto, marcado por la bipolarización del mundo y por la presión para la “alineación automática”, por la existencia de poderosos movimientos sociales que presionaban en el sentido de la ampliación del Estado

de bienestar social, por la conciencia de que la industrialización era incompleta y la complementariedad, que podría venir con la integración, lograría suplir las carencias productivas.

A lo largo del período, que se extendió desde el gobierno de Eurico Gaspar Dutra hasta el Golpe civil-militar de 1964, surgieron propuestas en torno al panamericanismo, al regionalismo y a la integración latinoamericana. Aunque semejantes en algunos aspectos, esas proposiciones son bastante diferentes en lo que respecta al grado de independencia y autonomía propugnadas por cada una de ellas.

2. El enfoque de los políticos

El período entre 1945 y 1964 puede ser considerado como la era del populismo en Brasil. El país, gobernado por Eurico Gaspar Dutra, Getúlio Vargas, Juscelino Kubitschek, Jânio Quadros y João Goulart, vivió una fase democrática marcada por la disputa entre dos proyectos de desarrollo económico: el nacional-desarrollista, que apostaba al fortalecimiento de la economía por medio de la nacionalización de puntos estratégicos de las actividades productivas (energía, siderurgia y comunicaciones), y el que consideraba el capital extranjero como un recurso fundamental para la promoción del desarrollo (Vizentini, 2003: capítulo 1). Eses proyectos dictaron las principales tendencias de los gobiernos del período e influenciaron en la definición de la política exterior, en las relaciones del país con las potencias mundiales del capitalismo y con los países vecinos.

El gobierno de Eurico Gaspar Dutra (1946-1951) se caracterizó por el alineamiento con Estados Unidos en el campo de la política exterior. La redemocratización, en la inmediata posguerra, respondió al reclamo popular, y fue resultado de la victoria de los Aliados y del fin del Estado Novo (dictadura de Getúlio Vargas), pero no correspondía a la ideología del primer mandatario, que era abiertamente conservador. La luna de miel “democrática” perduró poco tiempo. En 1947, Dutra puso al Partido Comunista en la ilegalidad, ordenó la casación de los diputados constituyentes electos en 1946 y rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. En el plano económico, el gobierno Dutra profundizó las relaciones de dependencia con

Estados Unidos, consintiendo el ingreso de capital extranjero en actividades productivas nacionales y una extraordinaria evasión de divisas, quinientos millones de dólares entre 1946 y 1952.

En 1947, fue organizada una comisión, integrada por el norteamericano John Abbinck y por el brasileño Otávio Gouveia de Bulhões, con el objetivo de preparar un programa de desarrollo. La Comisión Abbinck-Bulhões fue instalada a partir de la firma, en Petrópolis, del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), revelando el sentido del binomio “desarrollo y seguridad”, que representaba el axioma ideológico del gobierno. Una de las recomendaciones del “informe Abbinck” era el incremento del libre comercio. El objetivo de Washington era la abolición de las barreras aduaneras y de cualquier tipo de restricción al flujo comercial y financiero entre los países.

El gobierno de Getúlio Vargas (1951-1954) se caracterizó por la instalación definitiva de la polémica entre nacionalistas, de un lado, y entreguistas, de otro. La campaña por la autonomía brasileña en el campo del petróleo, entre 1947 y 1953, definió las diferencias entre los dos proyectos de desarrollo. El país se dividió entre los que pensaban que el petróleo debía ser explotado exclusivamente por una empresa estatal brasileña y los que defendían que la prospección, refinación y distribución debían ser actividades de empresas privadas, extranjeras o brasileñas. En diciembre de 1951, Getúlio Vargas envió al Congreso el proyecto que preveía la creación de una empresa mixta, con control mayoritario del Estado. Este proyecto fue reemplazado por otro que defendía un rígido monopolio estatal, excluyendo cualquier participación privada. Los debates se extendieron por todo el país. El Partido Comunista brasileño, en la ilegalidad, lideró manifestaciones, juntamente con los estudiantes de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), en apoyo al monopolio estatal, mientras que una parte significativa de la gran prensa defendía la posición de los intereses privatizadores. Gran parte de la oficialidad militar se mostró a favor de la estatización del petróleo, aunque no estuviesen de acuerdo con el activismo de los comunistas.

Finalmente, después de una batalla parlamentaria de 23 meses, el Senado aprobó la creación de Petrobrás, sancionada por Vargas en Octubre de 1953. Más allá de la cuestión del petróleo, Vargas

denunciará vehementemente, en Diciembre de 1951, la política del envío de ganancias de las grandes corporaciones extranjeras hacia el exterior. Para fiscalizar la política de transacciones en moneda extranjera, controlar la remesa de lucros al exterior e investigar el comercio exterior, Vargas perfeccionó la Supervisión de la Moneda y del Crédito (SUMOC) e implantó la Comisión Consultiva de Intercambio Comercial con el Exterior y la Comisión de Revisión de las Tarifas de Aduanas, inaugurando definitivamente una nueva fase en las relaciones comerciales del país.

Su gobierno se caracterizó por dar una nueva orientación a la política exterior respondiendo a los objetivos nacionales, sobre todo ligados al desarrollo económico. Para entonces, fueron identificados los puntos de estrangulamiento de la economía brasileña y se definió la necesidad de ampliar el sector de bienes de capital. “Construir y modernizar puertos, carreteras y ferrocarriles, además de incrementar la producción de ferro, acero y energía eléctrica”, así como la prospección de petróleo y energía atómica eran parte del plan varguista para fortalecer la economía (Vizentini, 1995: 58). En ese sentido, la política exterior debía atender a los principios del nacionalismo. Intentaba, por ejemplo, establecer transacciones comerciales y financieras con Estados Unidos que pudiesen favorecer sus objetivos ligados al desarrollo industrial.

Sin embargo, Vargas fue criticado por la firma de un acuerdo militar con Estados Unidos (1952), según el cual Brasil recibiría equipos militares y servicios, y se comprometía a proveer materiales básicos y estratégicos (uranio y arena monazítica) a los estadounidenses. Para los nacionalistas, Vargas no debería haberse aproximado militarmente a Estados Unidos y para los defensores del capital privado, la crítica fue hacia la política de remesa de lucros. El pragmatismo diplomático de Vargas fue, por lo tanto, un primer ensayo para desobedecer el alineamiento automático, aunque no se pudiese entender todavía como una política exterior independiente.

Los gobiernos de Café Filho (1954) y Juscelino Kubitscheck (1956-1961) son un retroceso en la política nacionalista y en la relativa autonomía en relación a Estados Unidos. Después del suicidio de Vargas, el país fue gobernado por João Fernandes Café Filho que nombró a

Raul Fernandes para el ministerio de Relaciones Exteriores (ex-ministro en el gobierno Dutra) y Eugênio Gudin para las Finanzas, ambos francamente favorables a una reaproximación a Estados Unidos y a los organismos internacionales. El gobierno apoyaba el interés de empresarios extranjeros en relación a Petrobrás. Al mismo tiempo, a principios de 1955, Café Filho anuló la instrucción 70 de la SUMOC, introducida por Vargas, que limitaba la fuga de capitales extranjeros del país. Por fin, las tentativas de aproximación con algunos países de América Latina, iniciadas tímida y secretamente al final del gobierno Vargas², fueron suprimidas; la dimensión regional fue prontamente reemplazada por un discurso panamericanista, profundizado en el gobierno Kubitscheck.

En los dos primeros años del gobierno Kubitscheck, la política exterior estaba anclada en la alineación automática con Estados Unidos y en la atracción de inversiones extranjeras, lo que resultó en la instalación de la industria automovilística en Brasil. El panamericanismo se expresó solamente a partir de 1958, con el rescate de los contenidos nacionalistas y del pragmatismo diplomático. La Operación Panamericana (OPA) fue una iniciativa de la diplomacia del gobierno brasileño con la intención de perfeccionar las relaciones entre los países de América Latina y Estados Unidos.

Con respecto a la situación de los “países latinoamericanos, asolados por problemas económicos crónicos que se agravaron con el final de la guerra, continuaban alimentando esperanzas de que Estados Unidos asumiese algún tipo de compromiso que implicase recursos destinados a disminuir sus males y acelerar su desarrollo económico” (Sitio FGV-CPDOC), Kubitscheck quería posicionar a Brasil como el país con la responsabilidad de organizar esas acciones en favor del desarrollo.

La OPA, principal iniciativa diplomática del gobierno Kubitscheck, proponía que Estados Unidos, a través de inversiones en los países latinoamericanos, asumiese un compromiso en la erradicación del subdesarrollo. Se partía de la idea de que la miseria y la desigualdad a las que estaban sometidos los países de América Latina contribuían a generar el clima de inestabilidad política que dejaba a esos países expuestos a la influencia soviética. En el texto de la Opera-

ción Panamericana, el presidente Kubitscheck afirmaba: "Sanear esas zonas, restituirles el vigor, volverlas más prósperas, equivale a usar medidas preventivas y estratégicas de gran sabiduría, alcance y seguridad" (Kubitscheck, 1958 In Sitio FGV).

La iniciativa produjo resultados en el ámbito de la Organización de los Estados Americanos (OEA): la constitución de un Comité de veintiún países latinoamericanos, encargado de estudiar los puntos de estrangulamiento de las economías y formular propuestas de saneamiento a través de la cooperación interamericana. Fue, sin embargo, según José Luis Werneck da Silva, "una ilusión de JK". Para él, "la estrategia de Estados Unidos no admitía la superación del subdesarrollo brasileño, pero sí, la situación de un capitalismo industrial asociado, incluso con base en la ideología de seguridad nacional contra la izquierda" (1990:30).

La situación interna del país y la explosiva situación latinoamericana explican el cambio de postura del gobierno Kubitscheck en la política exterior. La crisis económica que se abatió después de dos años de gobierno fue consecuencia de la desaceleración del desarrollo industrial, de los gastos excesivos con la nueva capital, los préstamos externos, el estancamiento de las exportaciones y la fuga de capitales. En 1958, la situación del país era de inflación acelerada, desempleo y estancamiento del poder adquisitivo de la población. Políticamente, los movimientos sociales se organizaban como nunca: trabajadores urbanos y rurales, funcionarios públicos y organizaciones civiles reclamaban derechos, revelando la inestabilidad social del país.

Otros países de América Latina, además de Brasil, exhibían los males del subdesarrollo y de la desigualdad social. Bolivia y Guatemala habían sido sacudidas por revoluciones sociales, lideradas por clases medias nacionalistas secundadas por comunistas y socialistas, en 1952 y 1954. Los cubanos, liderados por Fidel Castro, intentaron derribar la dictadura oligárquica de Fulgêncio Batista, en el ataque al cuartel Moncada, en 1953, pero fracasaron. En 1959, con la victoria de la Revolución, Cuba comenzaría a influenciar América Latina y amenazar el poder de Estados Unidos en todo el subcontinente.

En el plano internacional, Estados Unidos enfrentaba una crisis económica y estaba involucrado en la Guerra de Corea, mientras que la Unión Soviética presentaba las primeras señales positivas de la planificación económica y revisaba sus presupuestos políticos, reconociendo las atrocidades de Stalin. En esa situación, se vislumbraba la posibilidad de una alteración del equilibrio internacional, con ligera superioridad del comunismo. Seducido por los beneficios que podrían surgir de la apertura económica a los países del Este, Kubitscheck defendió el restablecimiento de las relaciones comerciales con la Unión Soviética y la aproximación bilateral a países como Rumania, Yugoslavia y la República Democrática Alemana.

El cambio de postura del gobierno Kubitscheck, de una posición conservadora, aliada incondicional de Estados Unidos, a una actitud de negociación y mayor autonomía mostró que Kubitscheck pretendía ejercer el liderazgo latinoamericano en las relaciones con Washington, señalando la posibilidad de alterar la relación de subordinación a través de la unión de las fuerzas subcontinentales, pero siempre dentro de una posición anticomunista.

El gobierno de Jânio Quadros (1961, enero a agosto) profundizó los preceptos de la política exterior brasileña implementados desde el último mandato de Getúlio Vargas y los dos últimos años de Juscelino Kubitscheck: una posición de relativa autonomía en relación a la disputa internacional entre las potencias. Durante su gobierno se produjo la formulación de la Política Exterior Independiente (PEI), un “conjunto de principios articulados, [que] extrapolaba el ámbito regional y abría perspectivas mundiales, ultrapasaba las vacilaciones de los gobiernos anteriores y daba a la política externa un perfil y un lugar de destaque en la vida nacional” (Vizentini, 1995: 177).

El contexto internacional favorecía la elaboración de una propuesta más autónoma, sobre todo por la realización de la Conferencia de Bandung (1955)³ y por la formación del movimiento de países No-Alineados, cuya primera reunión ocurrió en Yugoslavia, en 1961; la independencia de decenas de países africanos y la opción de los cubanos por el bloque socialista influyeron también en la realidad internacional (ver Spence, 1998: 45).

La PEI era igualmente fruto de un contexto interno nacionalista, que cuestionaba la alineación automática con Estados Unidos porque, económicamente, Brasil sufría, cada vez más, la presión de una industrialización incompleta, por las dificultades de sustentar el crecimiento económico ante la ausencia de una industria de bienes de capital y por la falta de infraestructura (energía y transportes). Para hacer frente a las carencias de la economía brasileña, el gobierno reflexionaba sobre la necesidad de diversificar socios, ampliar el mercado de los productos primarios y de los manufacturados brasileños en dirección a los países africanos, asiáticos y latinoamericanos.

La PEI, formulada por el ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Jânio Quadros, Afonso Arinos de Melo Franco (enero a agosto de 1961), imprimió un giro a la conducción de la política exterior brasileña, porque, a partir de entonces, Brasil definió el conflicto entre países desarrollados y países subdesarrollados como fundamento de su política internacional, abandonando relativamente la Guerra Fría como línea definidora de sus relaciones externas. Se trataba de un pensamiento que venía siendo delineado desde el gobierno de Vargas, con un leve retroceso bajo Café Filho y al comienzo del gobierno Kubitscheck, y que alcanzó su cima con Jânio Quadros y João Goulart: la obsesión por el desarrollo y la ampliación de los recursos económicos y sociales se convertiría en el eje de la política exterior del país. En el contexto de esas definiciones, el muy efímero gobierno de Jânio Quadros fue pródigo en demostraciones autonomistas: fue el inicio de los entendimientos para la renovación de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, se produjo la visita del vicepresidente a la República Popular China y la condecoración al Che Guevara.

Una de las importantes medidas del gobierno de Jânio Quadros, en lo que se refiere a la política exterior brasileña, fue la firma del Tratado de Uruguayana, en abril de 1961. El acuerdo, firmado entre Argentina y Brasil, trataba de cooperación cultural, asuntos económicos y políticos que interesaban a los dos países. En la ocasión, fue firmado un Convenio de Amistad y Consulta que reafirmaba la posición de negociación frente a Estados Unidos, y apuntaba a una ten-

dencia, definida tiempo después con la profundización de las relaciones regionales.

El gobierno de João Goulart (1961-1964) profundizó sustancialmente las perspectivas autonomistas, en vista de sus convicciones políticas más próximas a los sectores nacionalistas. Desde el punto de vista pragmático, el país se posicionó preparando la primera reunión de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y para el Desarrollo (UNCTAD -United Nations Conference on Trade and Development), en el sentido de buscar minimizar los efectos del deterioro de los términos de intercambio en el mercado internacional sobre el nivel de desarrollo de los países periféricos. Al mismo tiempo, resistió a la presión de Estados Unidos en diversas reuniones de la OEA, orientadas hacia la expulsión de Cuba. En ocasión de la VIII Reunión, en Punta del Este, en enero de 1962, Brasil se abstuvo sobre la exclusión de Cuba del sistema interamericano. Mientras tanto, algún tiempo después, en el episodio conocido como “crisis de los misiles”, Brasil votó a favor del bloqueo naval estadounidense a Cuba, aunque se pronunció en contra de una intervención militar.

El deterioro de las relaciones entre Brasil y Estados Unidos a lo largo del gobierno Goulart fue resultado de las medidas adoptadas en el plano interno, que aparecían como una ofensa a la seguridad de todo el Occidente. Era un gobierno percibido como izquierdista, pero que, para mantenerse en el poder, necesitaba afirmar su distancia en relación al comunismo internacional. La renovación de las relaciones comerciales y diplomáticas con la Unión Soviética fue obstaculizada por la sospecha que existía sobre el gobierno. La desconfianza con relación al gobierno brasileño aumentó considerablemente cuando, al inicio de 1962, varios gobiernos provinciales estatizaron empresas extranjeras de transporte, energía y comunicaciones. Aunque el gobierno de Goulart afirmara que esa estrategia de estatización de empresas extranjeras no era un proyecto del gobierno central, sino medidas aisladas de gobernadores de provincias, y que haya realizado una visita de cortesía a Estados Unidos, eso no fue suficiente para disipar las dudas acerca del apoyo de Brasil al bloque comunista.

Para evitar mayor desconfianza externa, todo el discurso del gobierno de João Goulart sobre política internacional fue orientado hacia el tema del desarrollo económico y de las reformas necesarias para el crecimiento y de la mejor utilización de los recursos. Los temas políticos más difíciles, tales como la actitud de neutralidad y equidistancia de las potencias o la defensa de la no-intervención, fueron abandonados en favor de una posición más pragmática y conciliadora.

América Latina recibió tratamiento especial en el contexto de la PEI, sobre todo en el gobierno de João Goulart. Los antecedentes habían sido la tentativa de incrementar el pacto ABC (ver nota 1), hecho por Vargas, la firma del Pacto de Montevideo, que constituyó la Asociación Latino-Americana de Libre Comercio (ALALC), en 1960, y el Pacto de Uruguayana, durante el gobierno de Jânio Quadros. Para Goulart, la unión de los países latinoamericanos estaba relacionada con la superación del subdesarrollo (Wionczeck, 1969: 88). En el Mensaje enviado al Congreso Nacional en 1963, João Goulart resaltaba la importancia del entorno regional: “la acción conjunta de los países latinoamericanos no debe restringirse al campo del comercio entre los países del continente, sino insertarse en un contexto general: mercados más amplios; condiciones más favorables para los países subdesarrollados; y la integración económica de América Latina con vistas al desarrollo” (Mensaje de João Goulart al Congreso, 1963 In Sitio da FGV).

La mayor aproximación de Brasil a los países latinoamericanos fue realizada a través del cumplimiento de los protocolos de la ALALC, de la posición brasileña en las reuniones de la OEA, del incremento de las relaciones bilaterales con países como Uruguay, Chile, México y Argentina, y de los viajes del presidente Goulart a los países de América Latina.

El Golpe civil-militar de 1964, orientado en contra de las fuerzas nacionalistas y populares personificadas por João Goulart, representó la etapa terminal de la experiencia populista brasileña. Los gobiernos que entre 1945 y 1964 tuvieron, de un modo u otro, una preocupación por la conciliación entre el capital y el trabajo, manteniendo las fuerzas populares bajo control, fueron destituidos, en gran medi-

da, debido al proceso de latinoamericanización de la Guerra Fría, que colocaba bajo sospecha ideológica a todo, y a cualquier gobernante que se aproximase a los movimientos populares.

Entre 1945 y 1964, la política exterior brasileña pasó paulatinamente de una posición de alineación automática con Estados Unidos a una posición de mayor autonomía en el ámbito internacional, en la que la situación de negociación estuvo presente con mayor o menor intensidad a lo largo de todo el período. Eso ocurrió en razón, por un lado, del contexto internacional de la Guerra Fría, del aumento de las reivindicaciones populares en el mundo, de las crisis del capitalismo y los sucesos económicos del mundo socialista, y, por otro lado, debido a las condiciones internas del capitalismo brasileño que pasaba por el proceso de industrialización sustitutiva, durante el cual una parte de la burguesía brasileña vislumbró la posibilidad de un desarrollo autónomo del capitalismo, mientras que otra parte de la burguesía pretendía prosperar a partir del impulso de las inversiones extranjeras.

Los gobiernos que se sucedieron entre 1945 y 1964 tuvieron su política exterior marcada, por lo tanto, por el tema del desarrollo económico y por la mayor o menor adhesión del país al mundo occidental y su seguridad frente al comunismo.

3. Intelectuales e Instituciones

Entre los años 1950 y 1970, los intelectuales brasileños se preocuparon por el tema del desarrollo del país y todos los asuntos que estuviesen relacionados con ese proceso. Mientras que, en las décadas de 1920 y 1940, el mundo intelectual brasileño estaba concentrado en estudios sobre la formación, orígenes y composición de la sociedad nacional, y analizaba temas como la ocupación económica del territorio, el sentido de la colonización, la abolición de la esclavitud, cuestiones raciales, éxodos, migración, estudios sobre las razas formadoras, etc., en las décadas subsiguientes, entre 1950 y 1970, las ciencias sociales y los intelectuales se preocuparon por el proceso de industrialización del país, por el desarrollo económico y por la falta de desarrollo, realizando pesquisas e investigaciones so-

bre movimientos sociales en las ciudades y en el campo, sobre la estructura agraria, la infraestructura urbano-industrial, demografía, integración regional, forma de explotación de los recursos nacionales, etc.

Se crearon instituciones de investigación especialmente destinadas a entender el atraso brasileño y elaborar sugerencias y propuestas para superarlo, considerando todos los obstáculos existentes entre Brasil y las potencias mundiales del capitalismo. Organizaciones como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), partidos como el Partido Comunista Brasileño (PCB) e intelectuales como Celso Furtado, Nelson Werneck Sodré, Hélio Jaguaribe, Florestan Fernandes, José Honório Rodrigues, Caio Prado, Ruy Mauro Marini, Theotônio dos Santos fueron responsables de la discusión sobre nuestra condición periférica, subdesarrollada y atrasada y de la elaboración de propuestas para superar esa situación.

El nacionalismo fue el tono predominante de esas instituciones y de los intelectuales que de ellas participaban (Vicentini, 2004: introducción), y el tema de la integración latinoamericana apareció como una de las condiciones para combatir los males que frenaban el desarrollo. La creación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), en 1948, reunió intelectuales de todos los países de la región que defendían esas ideas de autonomía económica. El economista Celso Furtado, miembro de la CEPAL, era partidario de la intervención política y el planeamiento estatal como instrumentos para remover los obstáculos al desarrollo.

Para los cepalinos la dependencia y la miseria eran resultado de la situación periférica, fruto del “modelo de crecimiento hacia afuera”. Propugnaban una nueva etapa en el desarrollo latinoamericano, de “desarrollo hacia adentro”, donde el centro dinámico de la economía se situase para “dentro de la Nación”. Eso, según los estudiosos de la CEPAL, sólo sería posible por la planificación de la economía y “la interiorización de los centros de decisión”, o sea, “sustituyendo la variable exógena demanda externa por la variable endógena inversión como motor de la economía; equivale a desplazar para el interior de la Nación los centros de decisión” (Cardoso de Mello, 1986: 21)

En la lucha por la industrialización nacional, los cepalinos creían que una “política bien orientada” podría remover los “obstáculos estructurales” como, por ejemplo, la “fragilidad de la demanda”, el “desempleo estructural” y la “escasa capacidad de ahorro”; participaban activamente de las políticas económicas gubernamentales y creían en la posibilidad de remoción de esos obstáculos a través de “reformas estructurales”.

Desde 1955, empezó a actuar una institución que reunía intelectuales para discutir los obstáculos al desarrollo brasileño, el Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), órgano subordinado al ministerio de Educación y Cultura y fundado a partir de un decreto del presidente Café Filho. El Instituto reunía intelectuales con perspectivas políticas e ideológicas diferentes, pero que convergían en la necesidad de formular un proyecto para el futuro de Brasil. El nacional-desarrollismo fue concebido como la práctica capaz de llevar el país hacia la superación del atraso y la dependencia. Nombres como Cândido Mendes, Nelson Werneck Sodré, Álvaro Vieira Pinto, Alberto Guerreiro Ramos y Hélio Jaguaribe formaban parte del Instituto que no tardó en pronunciarse sobre la política económica desarrollista de Juscelino Kubitcheck.

El principal debate en torno de la gestión estaba relacionado con el papel del capital extranjero en el desarrollo económico. Las discusiones se daban en los cursos del ISEB, a partir de sus publicaciones, en los Centros de Cultura Popular, en la Unión Nacional de los Estudiantes (UNE), y en revistas como *Brasiliense*, *Anhembí*, *Senhor* y *Estudios Sociales*. En esas publicaciones, eran frecuentes textos de intelectuales como Elias Chaves Neto, Otávio Brandión, Everardo Dias, Teothônio dos Santos, Caio Prado Jr., Fernando Henrique Cardoso, Maria Isaura Pereira de Queiroz, Florestan Fernandes, Sérgio Milliet, Paulo Francis, Otto Lara Resende, Astrogildo Pereira, Jacob Gorender, Mário Alves, y otros, algunos ligados a la Universidad, otros identificados con partidos políticos de izquierda como el PCB, además de otros escritores y periodistas independientes.

La polémica planteada en el interior del ISEB entre Hélio Jaguaribe, de un lado, y Vieira Pinto, de otro, en torno al carácter del nacionalismo, ejemplifica las divergencias en el campo intelectual

sobre dos proyectos para el desarrollo brasileño. Un gran desafío intelectual de la época era justamente esclarecer en qué consistía el adjetivo “nacional” que acompañaba al sustantivo “desarrollo”. La confrontación se establecía entre aquellos que defendían la opción de apertura al capital internacional y los que exhortaban a la defensa de las riquezas y de la economía del país contra la voracidad imperialista. La carta testamento de Getúlio, de 1954, donde denunciaba la acción de empresas extranjeras en el agravamiento de la crisis del país, volvió el debate más apasionado. Hélio Jaguaribe, por ejemplo, defendía lo que él mismo llamó “nacionalismo de fines”, que consistía en aceptar la presencia del capital y de empresas extranjeras, porque esa era la forma más eficaz de explorar los recursos y conducir al logro más importante que era el desarrollo del país. Vieira Pinto, por su parte, sostenía que los recursos para el desarrollo también debían ser nacionales, y esta posición fue llamada “nacionalismo de medios”. Argumentaba que, al defender la presencia del capital extranjero como algo útil al desarrollo de Brasil, el gobierno de Juscelino Kubitcheck acabó por volverlo perjudicial para la economía brasileña, con la posible desnacionalización de la economía y la sumisión al imperialismo.

Los efectos económicos de la política desarrollista de Juscelino Kubitcheck no demoraron en decepcionar a la intelectualidad brasileña que había inicialmente defendido el Plan de Metas. La inflación de 25% en 1958, el desequilibrio constante en la balanza de pagos y la presión del FMI por una política de ajuste para otorgar nuevos préstamos, así como el costo de la nueva capital, llevaron a la intelectualidad a un nuevo modo de actuación. Después de las promesas no cumplidas por Juscelino Kubitcheck y del descontrol del gobierno de Jânio Quadros, los intelectuales se aproximaron al movimiento sindical, a los estudiantes y a los movimientos populares. Surgieron debates sobre las clases sociales y sus comportamientos. Las expectativas de los intelectuales brasileños con respecto a los posibles comportamientos de las clases populares tuvieron gran impacto en los estudios académicos y debates políticos. En esa misma línea, la Revolución Cubana ejerció una gran fascinación en la intelectualidad brasileña que evaluaba la capacidad de transformación social de nuestra realidad.

Después del Golpe de 1964, todas las perspectivas de autonomía fueron sepultadas en los escombros del autoritarismo y de una deuda externa que de U\$ 2,5 billones antes de 1964, en el gobierno Médici pasó a U\$ 13,8 billones y a U\$ 52, 8 billones durante el gobierno Geisel. Hubo una revisión de las interpretaciones acerca del nacionalismo y del desarrollismo. Intelectualmente se consagraron dos perspectivas diferentes sobre la nueva situación brasileña. La primera estaba ligada a los intelectuales liberales, entre los cuales se encuentra el sociólogo Fernando Henrique Cardoso que escribió, junto con el chileno Enzo Faletto, el libro *Dependencia y Desarrollo en América Latina*, en 1969. El libro enfatizaba la dependencia como la situación en la cual se encontraban los países latinoamericanos. Describía las historias particulares y la estructura de clases como criterios para entender los niveles de dependencia a los cuales estaban sometidos los países de América Latina. Según los autores, algunos países podrían alcanzar el grado de desarrollo económico de los países centrales, en función del nivel de autonomía de sus elites, o mejor, debido al “control nacional del aparato productivo”. Aunque hayan descartado la posibilidad del desarrollo autónomo del capitalismo (como querían los cepalinos), Cardoso y Faletto entendían el sistema capitalista como formado por países centrales y periféricos, donde algunos de estos últimos podrían llegar a pasar de un grado a otro. El estudio fue responsable de la creación de una escuela de pensamiento en América Latina, conocida como Teoría de la Dependencia.

Otros autores que revisaron las tesis nacional-desarrollistas fueron Florestan Fernandes, André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Theotônio dos Santos, entre otros. Ese grupo de intelectuales, conocidos como vertiente marxista de la Teoría de la Dependencia, descartaba la posibilidad de desarrollo autónomo del capitalismo en regiones periféricas del sistema. Para esos autores, el subdesarrollo y la dependencia se encontraban más cerca de nuestra realidad, que el desarrollo y el nacionalismo.

Concretamente, los teóricos del nuevo marxismo criticaban las teorías que defendían el progreso por etapas, en boga en América Latina. Para ellos, la CEPAL pensaba “por etapas” al considerar la

posibilidad de desarrollo autónomo del capitalismo; Cardoso y Faletto pensaban “por etapas” al creer la posibilidad de expansión y diversificación de las economías; los teóricos de la modernización, como Gino Germani, por ejemplo, pensaban “por etapas” al razonar la posible transición de las sociedades tradicionales a las modernas. Y, finalmente, los marxistas vinculados a los partidos comunistas pensaban “por etapas” al considerar la necesidad del paso a la fase democrático-burguesa.

La vertiente marxista de la teoría de la dependencia, representada por André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Theotônio dos Santos, Tomás Vasconi, Vânia Bambirra, entre otros, realizó un esfuerzo para desprenderse de la posición desarrollista, en función del fracaso de esas tesis en explicar y proponer alternativas políticas para la crisis latinoamericana.

En relación al concepto de *dependencia*, esos autores la pensaban como una condición, es decir, la dependencia era una situación en la cual un cierto grupo de países tenían su economía condicionada por el desarrollo y expansión de otra economía. La condición no se caracterizaba solamente por la *dependencia*, sino también por el *subdesarrollo*, premisa fundamental de la tesis marxista: “La historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial” (Marini, 1969).

Vincular la temática de la dependencia a la teoría imperialista de Lenin fue un punto común a los autores marxistas de esa vertiente, ya que para ellos la superación de la dependencia se encontraba en la ruptura con el sistema capitalista en su totalidad. Ese debate se amplió para el abordaje de temas como la persistencia del atraso, la necesidad de preservación de nuestros recursos naturales, el problema energético y la permanencia de las desigualdades sociales. Aunque exhaustivamente diagnosticados y debatidos, esos temas y problemas delineados desde los años cincuenta llegan hasta hoy sin una solución razonable, tanto en el campo político como intelectual.

Entre fines de la Segunda Guerra Mundial y el Golpe civil-militar de 1964, los intelectuales brasileños estuvieron absorbidos por el problema del desarrollo, preocupados por los obstáculos que se interponen entre los países atrasados y los países centrales del capi-

talismo y estaban dispuestos a encontrar soluciones para esos males que afligían a Brasil y a América Latina como un todo. Por eso, las prédicas nacionalistas fueron tremendamente más vigorosas que las relativas a la integración. La protección de las actividades productivas nacionales en relación a Estados Unidos y a las inversiones extranjeras en general era prioridad de los gobiernos y de los intelectuales, ya que el comercio regional con los países latinoamericanos debía atender a los intereses del nacional-desarrollismo. Por eso, la creación de la ALALC, un embrión de las más recientes tentativas de integración regional, respondió igualmente al problema central de la época: el desarrollo económico (Adams, 1990: 198).

Se puede afirmar, entonces, que aunque en el periodo en cuestión hayan existido debates en torno al regionalismo (tendencia a una aproximación regional con los países vecinos y de mayor coincidencia económica), panamericanismo (aproximación a Estados Unidos) e integración (aproximación a toda América Latina, representando una postura contra-norteamericana), la tónica del período era el nacional-desarrollismo que subordinaba incluso a las instituciones mejor relacionadas con la integración a su ideología nacionalista.

4. Creadores de la política exterior

Los creadores o técnicos de la política exterior brasileña a lo largo del período estudiado están representados por los ministros de Relaciones Exteriores del país. Eran hombres políticamente articulados, intelectuales destacados en sus actividades profesionales, desde el campo jurídico al periodismo, economistas, profesores, etc. Oscilaban entre la alineación automática a los designios de Washington y el rechazo a la dependencia. Los primeros, conservadores, influenciados por los presupuestos ideológicos de la Escuela Superior de Guerra (ESG, 1948), consideraban a Brasil como el mayor país de América del Sur y creían que, por su posición, el país debería ser un “aliado preferencial o privilegiado” de Estados Unidos. Por eso, defendían un proyecto de desarrollo económico que estuviese asociado internacionalmente al proyecto estadounidense. Otros diplomáticos, consideraban nefasta la interferencia de Estados Unidos en

la definición de la política exterior brasileña. Eran partidarios de una cierta autonomía en los organismos internacionales o defendían claramente una “política exterior independiente”. Consideraban que el proyecto de desarrollo del país debería, por lo menos, controlar la presencia del capital extranjero. Entre los ministros que se destacaron en ese período están Raul Fernandes, João Neves da Fontoura, Oswaldo Aranha y Santiago Dantas, entre otros.

Raul Fernandes fue ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno del general Eurico Gaspar Dutra, después de la salida de João Neves da Fontoura. Durante su gestión, Brasil cortó relaciones diplomáticas con la URSS y no reconoció a la República Popular China, manteniendo la alineación con Estados Unidos. La firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) implicaba un compromiso militar entre los estados latinoamericanos signatarios y Estados Unidos. Parecía tratarse de la institucionalización de la Doctrina Monroe. El panamericanismo se exacerbó a partir de la creación de la Organización de los Estados Americanos (OEA), en 1948, que establecía que las disputas regionales deberían ser solucionadas en el ámbito interno y no por la ONU, lo que suponía un cierto aislamiento internacional de la región. También, tanto la OEA como el TIAR eran equipados por Estados Unidos, representando una verdadera estructura material del poder estadounidense en la región. Una de las marcas de la gestión de Raul Fernandes fue la disputa entre él y Oswaldo Aranha, delegado brasileño en la ONU y presidente de la Asamblea General. Éste defendió, por ejemplo, el reconocimiento de la República Popular China, por parte de Brasil, revelando su disposición a no seguir sin reflexión las decisiones de la política exterior estadounidense. Aunque Aranha era un admirador de la cultura de los Estados Unidos, defendía la posibilidad de autonomía por parte de Brasil. El conservadorismo de Raul Fernandes fue retomado en 1954, cuando, después del suicidio de Vargas, fue nombrado nuevamente en Itamarati por el presidente João Café Filho.

La designación de João Neves da Fontoura como ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Getúlio Vargas, en 1951, representó un leve cambio en el conservadorismo hasta entonces presente en el plano internacional. Aunque defendía la alineación con

Estados Unidos, João Neves también estaba identificado con el proyecto de desarrollo económico del gobierno Vargas y siguió las orientaciones del pragmatismo diplomático y de negociación con Estados Unidos. João Neves defendía la alineación del país a la política estadounidense, la defensa del mundo Occidental y el anticomunismo, apoyando inclusive el involucramiento de tropas brasileñas en la Guerra de Corea, aunque Brasil no las había enviado debido a una decisión del gobierno de Vargas de condicionar ese compromiso en el conflicto al apoyo estadounidense a las necesidades de la economía brasileña.

Desde el punto de vista del desarrollo, João Neves da Fontoura defendía la obtención de recursos externos, considerando los límites de la economía brasileña. Durante su gestión frente al Ministerio, hubo la preocupación de vincular política exterior y desarrollo económico, con la ampliación de las misiones brasileñas en el exterior, la mayor representatividad en las organizaciones internacionales y el establecimiento de agregados culturales en las embajadas brasileñas, con el objetivo de divulgar informaciones sobre el país.

Francisco Negrão de Lima, ministro de Relaciones Exteriores entre julio de 1958 y diciembre de 1959, recibió la misión de impulsar la Operación Panamericana y estimular la extensión de las relaciones comerciales de Brasil con países no-tradicionales, como los países del mundo socialista, los países asiáticos, africanos y, sobre todo, latinoamericanos. Durante su gestión, Juscelino Kubitschek rompió con el Fondo Monetario Internacional (FMI), en junio de 1959, con el argumento de que la política ortodoxa de combate a la inflación preconizada por los acreedores era incompatible con el Plan de Metas, que suponía el desarrollo del país y el combate a la desigualdad. Uno de los más combativos defensores de la medida, Horácio Lafer (PSD paulista), electo diputado federal por San Paulo en 1958, substituyó a Negrão de Lima a fines de 1959.

En las reuniones de la OEA, Horácio Lafer intentó impedir la expulsión de Cuba de la entidad, aunque evitase la confrontación directa con la posición estadounidense. Durante la quinta reunión, Brasil insistió en la idea de vincular la presencia de agentes subversivos con el tema del subdesarrollo, resaltando la necesidad de contener

la miseria y la desigualdad en los países latinoamericanos como forma de evitar la inestabilidad política. Ese fue el germen de la Alianza para el Progreso, propuesta un poco más tarde, en marzo de 1961, por el presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy.

Al frente del Ministerio, Horácio Lafer también presidió la firma del primer acuerdo comercial entre Brasil y la Unión Soviética (diciembre de 1959) y fue responsable de una política de aproximación entre Brasil y los otros países de América Latina. Durante su gestión fue firmado el Tratado de Montevideo (febrero de 1960) que marcó la creación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), integrada por Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú y Uruguay, con el objetivo de crear una zona de libre comercio.

El período que se inicia con la gestión de Lafer fue marcado por el ascenso del nacionalismo y de una política exterior regulada por el llamado “interés nacional”, que incluía un programa destinado al desarrollo. En esa época, intelectuales, gobernantes y creadores de la política exterior brasileña estuvieron influenciados por las teorías desarrollistas, según las cuales era imprescindible proteger las empresas nacionales, estableciendo un espacio autónomo en relación a los centros hegemónicos del capitalismo.

Afonso Arinos de Melo Franco fue responsable del lanzamiento de las bases de lo que se conocería como la Política Exterior Independiente (PEI), así llamada por su sucesor, Francisco San Tiago Dantas. Cupo a Arinos modernizar Itamarati para conferirle capacidad técnica y administrativa para atender a las transformaciones propuestas por la PEI. La renovación de relaciones comerciales con países del Este europeo y con la República Popular China fue acelerada durante la gestión de Afonso Arinos y, como consecuencia, las exportaciones brasileñas para el Este europeo se duplicaron, para alcanzar más de 6% del total. La perspectiva “neutralista” de Arinos fue confrontada por la realidad internacional y por la presión ejercida por Estados Unidos en defensa de la posición de todos los países capitalistas, sobre todo los más dependientes; igualmente, con la posición brasileña contraria a la intervención militar de Estados Unidos en Cuba, en el episodio conocido como invasión de Playa Girón, fue difícil mantener la “negociación neutral” propuesta por la PEI.

San Tiago Dantas sucedió a Afonso Arinos en el ministerio de Relaciones Exteriores y fue uno de los responsables de la implementación de la "Política Exterior Independiente". El concepto tenía por base los objetivos de: participación intensa en la ALALC y la UNCTAD, con vistas a la defensa de los precios de los productos primarios y el crecimiento del comercio internacional; desarme y coexistencia competitiva, pero pacífica; y cooperación económica internacional para el desarrollo de los países subdesarrollados. La concepción básica era de que Brasil, respetadas las normas de procedimiento del comercio internacional, se guardaba el derecho de negociar con todos los países, de acuerdo con sus propias conveniencias.

A lo largo del gobierno de João Goulart, el ministerio de Relaciones Exteriores cambió cinco veces de comando. Esa oscilación se explica por la persistente ambivalencia del gobierno brasileño. Si, por un lado, el gobierno Goulart era nacionalista radical y tenía tendencia a contrariar, con frecuencia, las posiciones norteamericanas, por otro lado, esa actitud podía ser fatal para la continuidad del gobierno y para recibir los préstamos de Estados Unidos, necesarios para la implementación de las reformas pretendidas. Por eso, la PEI fue aplicada con cautela. En relación a la gestión de San Tiago Dantas, se percibe "la necesidad de, ante todo, mantener relaciones económicas privilegiadas con los Estados Unidos en aquel momento." (Vizentini, 1995: 240).

La oposición relativa a la renovación de relaciones comerciales y diplomáticas con la Unión Soviética aumentó sensiblemente desde el período anterior, así como las presiones de Estados Unidos para expulsar a Cuba de la OEA. Siendo difícil mantener la neutralidad frente a los graves acontecimientos externos y a la crisis económica y de legitimidad política interna, Dantas se inclinó por las cuestiones comerciales. En ese sentido, los creadores de la política exterior brasileña en el período de João Goulart fueron obligados a presentar a Brasil como un país de diplomacia autónoma e independiente para obtener una posición de relieve entre los países subdesarrollados, pero también tuvieron que demostrar apoyo suficiente a las medidas estadounidenses que buscaban la seguridad del sistema capitalista,

con el objetivo de mantener el país en una posición privilegiada delante de la potencia.

5. Conclusiones

La investigación en torno a las perspectivas de políticos, intelectuales y de los creadores o técnicos de la diplomacia brasileña acerca de los problemas del desarrollo y la integración, entre fines de la Segunda Guerra Mundial y el Golpe de 1964, permitió entender que en el contexto del populismo brasileño, el tema del desarrollo fue predominante.

Paralelamente al desarrollo y a la perspectiva de que el país pudiese alcanzar el mismo grado de avance que los países centrales del capitalismo, giraban otras temáticas que respondían como coadyuvantes en el contexto intelectual, político y diplomático. El nacionalismo había sido, por ejemplo, una realidad del proceso de crecimiento económico de los países centrales. Por eso, surgió como una exigencia para aquellos que, en la periferia, pretendían llevar sus países al mismo nivel. Había, mientras tanto, más allá de un debate político e ideológico acerca del nacionalismo, quienes eran francamente favorables a la penetración del capital extranjero en todas las ramas de la economía. Entre los nacionalistas existían los más radicales, como el historiador, miembro del ISEB y militar comunista Nelson Werneck Sodré que afirmaba estar en contra de la importación de libros extranjeros, porque su lectura por parte de los autores nacionales podía impedir el desarrollo de una literatura autóctona. Estos intelectuales, entre los cuales estaban casi todos los militantes del Partido Comunista, consideraban la presencia del capital extranjero, en forma de inversiones productivas o préstamos, un daño irreparable al desarrollo autónomo de la nación. Existían, mientras tanto, nacionalistas que consideraban la inversión extranjera como único modo de proveer la infraestructura necesaria para la implantación de industrias de bienes de capital.

La integración también fue discutida e implementada por algunos gobernantes, con cautela y atendiendo a la demanda por el desarrollo. El discurso político, intelectual y diplomático de la integra-

ción fue desproporcionado frente a los esfuerzos que se realizaron para llevarla a la práctica. La prédica en torno a la integración latinoamericana o a la integración de países no-alineados, tercermundistas, etc., pareció en todos los casos más una amenaza dirigida a Estados Unidos sobre la posibilidad de que Brasil articulara un bloque de apoyo o rechazo a los intereses de la potencia, que una intención verdaderamente integracionista. Igualmente, la CEPAL, que fue una comisión establecida contra la voluntad de las potencias, se dirigía más a estudiar y proponer soluciones para el subdesarrollo de América Latina como un todo, que a impulsar un esfuerzo para articular la integración.

Atraer el interés y volverse el centro de atención de Estados Unidos fue el objetivo de casi todos los gobernantes y diplomáticos del período. Aún cuando ellos eran abiertamente nacionalistas, buscaban mantener relaciones privilegiadas con el centro. Eso significa que en la época, aunque existía la PEI y se manifestaban las ideas de desarrollo autónomo del capitalismo y el nacionalismo, prevaleció, explícitamente o no, la idea de que Brasil podría, antes que los demás países del Tercer Mundo, y especialmente en América Latina, alcanzar el grado de desarrollo capitalista de los países centrales.

Notas

- 1 Durante el gobierno de Getúlio Vargas hubo una tentativa de dar continuidad a las relaciones entre Brasil, Argentina y Chile, iniciadas con el Pacto de ABC (Pacto de No Agresión, Consulta y Arbitraje), firmado en 1915. Hubo un intercambio secreto de correspondencia entre Vargas y Juan Domingo Perón, pero la presión que Vargas estaba sufriendo internamente no permitió la profundización de esos contactos (ver Bandeira, 1993: capítulo 1).
- 2 Ocurrió en abril de 1955 en Indonesia y reunió países subdesarrollados de Asia y África. En esa conferencia, fueron lanzados los principios políticos de la «no alineación», de una postura diplomática y geopolítica de equidistancia de las potencias. También, a partir de Bandung, se consa-

gró la idea de un conflicto Norte-Sur, que ultrapasaba el conflicto Este-Oeste, típico de la Guerra Fría, expresando una nueva y brutal división del mundo entre países pobres y países ricos.

Referencias

- Adams, Reinaldo I. (1990). *Agricultura e agroindústria no Cone Sul*. In Seitenfus, Vera Maria P. & Bonfi, Luís A. De. *Temas de Integração Latino-americana*. Petrópolis, Vozes.
- Bandeira, Moniz (1993). *Estado Nacional e Política Internacional na América Latina*. São Paulo, Ensaio.
- Cardoso de Mello, João Manuel (1986). *O Capitalismo Tardio* (5a. Ed.). São Paulo, Brasiliense.
- Marini, Ruy Mauro (1969). *Subdesarrollo y Revolución*. México, Siglo XXI.
- Sader, Emir (2004). Os Porquês da desordem mundial. *Rio de Janeiro/ São Paulo, Record*.
- Sitio da Fundação Getúlio Vargas no Rio de Janeiro In <http://www.cpdoc.fgv.br/>
- Consulta: enero de 2009.
- Spence, J.E (1998). *Dictionary of International Relations*. England, Penguin Books.
- Vizentini, Paulo Fagundes (2004). Relações Exteriores do Brasil. O nacionalismo e a política externa independente (1945-1964). *Petrópolis, Vozes*.
- Vizentini, Paulo Fagundes (2003). Relações Internacionais do Brasil de Vargas a Lula. *São Paulo, Fundação Perseu Abramo*.
- Vizentini, Paulo Fagundes (1995). Relações Internacionais e desenvolvimento (1951-1964). O nacionalismo e a política externa independente. *Petrópolis, Vozes*.
- Werneck da Silva, José Luis (1990). As Duas Faces da Moeda. A política externa do Brasil Monárquico. *Rio de Janeiro, Universidade Aberta*.
- Wionczeck, Miguel S. (1969). *A Integração latino-americana e a Política Econômica dos Estados Unidos*. Rio de Janeiro, Paz e Terra.